

casi todas sus cuerdas, y que pendía de un clavo colocado en la pared.

—Maestro, le dijo, necesito esa vihuela esta noche, por unos instantes; ¿me hace vd. el gusto de prestármela, dejándole una prenda de mas valor, se entiende?

—¿Cuál? preguntó el barbero.

Berrendo señaló con el dedo su espada con puño de plata, primorosamente trabajado, despojo ópimo de un campo de batalla, y que al entrar habia colocado en una silla.

—Caballero, dijo el barbero, colocando la espada en el mismo lugar, se la presto á vd. con el mayor gusto, y sin que deje prenda alguna, sin embargo de que esta vihuela tiene para mí un precio inestimable.

Berrendo tomó el instrumento, lo ocultó bajo los pliegues de la capa, y salió de la barbería, prometiendo volver al día siguiente.

II.

LA CAVERNA DE PUCUARO.

Aquella misma noche, eran cosa de las diez, todos los habitantes de Púcnaro dormían, con raras excepciones, y entre otras, con excepcion de la jóven torcedora y de su madre: la puerta estaba cerrada, así como las ventanas, y detras de las rejas de madera, se hallaban las dos mugeres, en uno de los cuartos de la casa, que caía á un jardin, plantado de granados y otros árboles frutales. Era fácil penetrar á aquel jardin, por una hilera de nopales, que se extendía por ambos lados del edificio, y por la parte de la calle.

En ausencia del jefe de la familia, marido de la anciana y padre de la jóven, que servía á la causa de la insurreccion, á las órdenes del general Terán, en el Estado de Oaxaca, las dos vivían con el módico producto de su trabajo de torcedoras; y si la anciana habia manifestado á Berrendo, que era para ella desconocido, tanto desprecio respecto de los insurgen-

tes, era una astucia, que empleaba por prudencia. La madre y la hija conversaban, trabajando en la preparación de los productos de su industria. Creyendo que nadie la escuchaba, la madre decía á la hija:

—¡Qué tal, Luz! ¿hacia yo mal en decirte, que se atrae con mas seguridad á los hombres, con desdenes y altivez, que con el cebo de las sonrisas y de las miradas tiernas? Ahí tienes dos hombres que, en dos dias, han caido en las redes tendidas por el orgullo de tu porte, que no habian visto en tí mas que una querida fácil, y entre los cuales puedes ahora escojer un marido.

—¿Cree vd., madre, dijo la jóven, que esos dos señores....

—¿Qué si lo creo! no dependerá mas que de tí, ahora que están interesados los dos, por ese aire de pudor de que te aconsejé te armaras! Abandona á las feas que necesitan combatir la frialdad que inspiran, entusiasman los corazones, con ardientes miradas, déjales sus coquetterías, frases interrumpidas y sus provocativas sonrisas. Ahora, hija mia, los hombres no aman ni estiman á las muchachas bonitas como tú, sino en razon de lo que ellas parecen apreciarse y estimarse á sí

mismas. Si tú quisieras, tendríamos dos guías, dos compañeros de viaje en lugar de uno, para escoltarnos hasta Tehuacan, en donde nos espera tu padre todos los dias. ¿No te parece que esos dos señores, pueden poner á nuestro servicio un brazo vigoroso, y un corazon valiente?

—En efecto, parecen agnerridos y acostumbrados á los peligros de la guerra civil; ¿pero cómo me he de manejar? Si doy la preferencia á uno, se desalentará el otro, y en lugar de dos protectores, tendrémos solamente uno.

—Pues bien, hija mia, mostrándote fria con los dos, y haciéndoles esperar, que el mas valiente será el preferido, dándoles esperanzas, y desdenándolos, alentando al que hayas despreciado, y despreciando al que hayas alentado, haciendo feliz al que quieras con tu eleccion.

—¡Ay madre! dijo Luz suspirando, esto le parece á vd. fácil, y á mí me parece imposible: si mi corazon habla en favor de uno de ellos, mis ojos y mi boca pueden decir lo contrario.

—Déjame trabajar á mí, y si no ha escojido tu corazon... El jóven de esta tarde, con sus cejas negras y sus ojos vivos y brillantes....

—D. Andrés tiene mas fuego en el úni-

co ojo que le queda, que el jóven en sus dos pupilas, y la puñalada que lo privó del otro, ¿no habla en favor de su valor? Segun yo creo, es una cicatriz muy gloriosa.

—Es verdad, y parece que nada se escapa á aquel ojo penetrante. ¿No viste ayer cómo adivinó en el acto, que hacíamos desde el fondo de nuestro corazón votos por el triunfo de la insurrección?

—Su sagacidad y su valor, ¿no deben preservar de todo peligro á la muger que ame?

—¡Hum! . . . esa prevision es un encanto en el amante, y un inconveniente en el marido.

En este punto de la conversacion se hallaban las dos mugeres, cuando los sonidos lejanos de una vihuela turbaron el silencio de la noche; en seguida una voz mas varonil que armoniosa, cantó en la desierta calle la copla siguiente:

Luz divina de los ojos
Que á mí me tienen cautivo;
Ven y verás los despojos
De mi corazón altivo. . . .

—Los versos son galantes, dijo la vieja, y me parecen hechos expresamente para

tí. *Luz* es tu nombre, y tú eres quien lo inspiras; y es la voz del jóven de las negras cejas.

—Quisiera mejor que fuera la voz de Andrés, dijo Luz.

—¿Qué importa! Dá al uno tu corazón sin dejar de escuchar al otro.

Y las dos mugeres, esperaron la contestacion de los versos; pero el cantor tambien esperaba alguna señal de aprobacion á sus estancias amorosas, mas solo se le contestó con un profundo silencio. Sin embargo, no se dió por vencido, porque al cabo de algunos instantes se escuchó de nuevo la voz, y esta vez en el jardín, cuya cerca habia saltado el músico. Ahí, sin que pudiesen verlo, prosiguió imperturbablemente la cancion á que no habia tenido respuesta. Era Berrendo, quien no tenia bastantes versos originales para variar sus canciones; pero el verso no se concluyó, porque oyeron la hoja de una espada al salir de la vaina, y algunas palabras amenazantes, cambiadas entre dos interlocutores.

—¡Jesus! ¡van á pelearse! exclamó la vieja con espanto; han sacado las espadas: adios de nuestros protectores.

En cuanto á sacar la espada, Berrendo no podia hacerlo, porque recordará el lec-

tor que habia dejado su espada en prendas de la vihuela, y lo habia cojido prevenido Andrés, que habiéndose ocultado antes que él en el jardin, habia escuchado casi toda la conversacion de que él y su rival habian sido objeto.

—¡Deténganse vdes. tres! exclamó la madre; mi hija no ha dado derecho á nadie para que se peleen por ella; pero sí, depende de vdes., que uno de los dos rivales la obtenga mas tarde.

Al oír tan inesperadas palabras, los dos hombres guardaron silencio. Acérquense vds. á la verja, añadió la vieja, porque van á recibir de una madre celosa del honor de su hija, la mayor prueba de confianza. Mi hija y yo tendremos por infame al que no venga aquí con la espada envainada, y la paz en el corazon y en los lábios.

Tanto Andrés como Berrendo, se presentaron con sombrero en mano, en la zona luminosa que proyectaban por fuera de las verjas dos velas de sebo, el primero sin rencor y confiando en la tierna confesion que habia sorprendido en los lábios de la jóven; el segundo con la seguridad que tenia de su propio mérito. Entonces, la madre de Luz, mezcló con destreza las promesas de suavizar el génio

feroz de su hija y la tribulacion de una viuda y de una huérfana, lejos del cabeza de familia; hizo lucir tan bien á los ojos de los dos galanes la esperanza de la mas dulce recompensa, que cada uno de ellos, seguro de vencer á su rival, prometió acompañar á la madre y á la hija hasta el fin del mundo, sin romper los lazos, aún mal sujetos, de una reciente amistad; con el fin de no perder el fruto de tan buenas disposiciones, fijó la vieja el dia siguiente por la mañana, para marchar á Tehuacan; y en seguida cada uno se dirigió á su habitacion.

—Ya vez, Luz, dijo la madre triunfante, que todo depende de la manera de portarse, y que he soldado la cadena sobre dos corazones, de los que puedes disponer á tu gusto en lo de adelante.

Lo que decia la vieja era tan cierto, que al amanecer, segun habian convenido, Andrés y Berrendo caminaban hácia la caberna de Púcuaro tan pacíficamente, como si nada hubiese pasado la víspera desde su encuentro en la iglesia. Media hora despues, ataban sus caballos al tronco de la encina, que cubria la entrada de la gruta. La cortina de yedra flotaba tan intacta, al menos en apariencia, como cuando Berrendo la habia levantado la

víspera; pero á la vista perspicaz del rastreador, los ramilletes de hojas, aunque imperceptiblemente movidos, indicaban que el lienzo de verdura se habia levantado muchas veces para salir y entrar con frecuencia. Sin embargo, Berrendo, antes de penetrar en la caverna, cuyos extraños rumores le habian causado tal espanto, preguntó al rastreador si tenia alguna contraseña particular, diversa de la que á él le habian dado, porque hubiera sido imprudente despertar la desconfianza de los agentes de D. Ramon. Tápia lo tranquilizó sobre ese punto, y los dos penetraron resueltamente en la caverna; sin embargo, como ignoraban con quién tenían que habérselas, no avanzaron sino con circunspeccion.

Apenas habian dado algunos pasos á tientas, (porque la cortina de yedra interceptaba la luz del dia) cuando unos vagos rumores llegaron hasta sus oidos. Por vagos que fuesen tales rumores, se mezclaban á ellos voces humanas. Poco despues comprendieron los dos compañeros la causa del ruido. Al salir de un desfiladero que comunicaba con la parte mas extensa del subterráneo, se detuvieron ante un extraño espectáculo. La luz que producian unos hornos enormes, mostra-

ban bajo una cúpula inmensa de granito, elevadas y numerosas columnas formadas por la filtracion de las aguas. La luz del fuego alumbraba una multitud de hombres que iban y venian, unos chorros de metal incandescente que salian de los crisoles, y mas lejos unos caballos ensillados y enfrenados, y dispuestos para cualquier caso, estaban atados á las paredes.

—¿Qué le habia dicho á vd? exclamó el rastreador. ¿No es esta la *muestra* de D. Ramon? No son ciertamente los espafíoles los que se ocultan en el seno de la tierra para fundir cañones. No puede ser mas que el hombre encarnizado en la lucha y bastante atrevido para ir á arrancar el salitre á las sepulturas de las iglesias.

A tal observacion nada habia que contestar. ¿No era esta la única manera de explicar la súbita desaparicion de D. Ramon Rayón y de su tropa? Los dos desconocidos se vieron inmediatamente rodeados de insurgentes, que se lanzaron á ellos.

—Condúzcannos vdes. á la presencia de D. Ramon, dijo Tápia.

—¿No conocemos á D. Romon! exclamó uno de los trabajadores.

—Y tampoco conocen vdes., á lo que

veo, á Andrés el rastreador, puesto que tratan de engañarlo. D. Ramon Rayon se alla aquí, y yo le traigo un mensaje del general D. Ignacio, respondió el rastreador sin conmovirse por la red que le tendian.

Un oficial atravesaba en aquel momento el círculo de luz que proyectaban las fraguas, y el rastreador exclamó:

—Señor D. Ramon, un mensajero de su hermano de vd. solicita hablar á usía.

—¿Quién es vd., amigo, que parece conocerme y á quien yo no conozco? dijo el oficial.

—Un hombre que sabria distinguir entre dos hermanos una semejanza, mas vaga aún que la de vd. con su hermano, contestó Andrés sonriéndose, y de cuya fidelidad no dudará vd. cuando le manifieste la mision que traigo, con una palabra que vd. solo debe escuchar.

El rastreador se inclinó al oido del oficial, y murmuró algunas palabras que nadie escuchó, pero que le causaron una penosa emocion.

—Está bien, dijo lacónicamente, este hombre es de los nuestros.

Aunque Berrendo conociese perfectamente á D. Ignacio, confesó que jamas habria reconocido á D. Ramon, por su

semejanza con su hermano, y esta circunstancia le dió mejor opinion de la sagacidad de Andrés.

Admitidos como mensajeros del general Rayon, los dos aventureros se pusieron al corriente de los sucesos que habian motivado la desaparicion súbita de D. Ramon. Un mes antes de aquella fecha, la caverna de Púcnaro no se hallaba habitada mas que por los huéspedes amigos de las tinieblas. La casualidad habia conducido á aquel retiro á uno de los soldados del comandante D. Ramon Rayon, y como Berrendo, aquel hombre habia retrocedido ante los espantosos rumores causados por los animales inmundos ó feroces. D. Ramon juzgó en el acto, cuando supo aquel descubrimiento, qué ventajosa seria para él la posesion de aquella caverna, en donde debia abundar el salitre que buscaba, y tomó las medidas necesarias para hacer practicables las salidas. Llegó él mismo acompañado de algunos de sus soldados, provistos de hachas de viento. Apenas traspuso el umbral, cuando una nube espesa de murciélagos, espantados con el brillo inusitado de las luces, se precipitaron sobre las antorchas y las apagaron; pero no tan pronto que no les hubiese permitido distinguir una maravillosa co-

lumnata de estaláctitas, formadas de nítro puro. Para personas que buscaban por todas partes las sustancias necesarias para la fabricacion de la pólvora, aquel era un favor de la Providencia. Sin embargo, la Providencia exijia que se respetasen aquellas pilastras naturales que sostenian sin duda la bóveda de la caverna, y D. Ramon se vió obligado á recurrir á otros medios. El suelo estaba lleno de estiércol y otras inmundicias; D. Ramon mandó echar brea y azufre, y prenderle fuego. Durante quince dias consecutivos, las llamas devoraron en la gruta todos los huéspedes que abrigaban, y cuando se apagó el incendio, el ingenioso partidario se encontró dueño de una guarida inaccesible, en donde podian acampar fácilmente dos mil hombres, cuyo terreno, saturado de salitre, le produjo abundantemente los primeros elementos de la pólvora. Se habian establecido allí cuatro fraguas, que trabajaban con la mayor actividad; en el momento en que nuevos recursos parecian salir del seno de la tierra, fué cuando los dos aventureros penetraron en la caverna. D. Ramon hizo vanos esfuerzos para detener á su servicio, primero á Andrés y despues á Berrendo; pero ni uno ni otro quisieron consentir. Pretestaron, para re-

husar sus ofrecimientos, órdenes del general D. Ignacio, que los obligaban á volver á su lado.

El sol iba á la mitad de su carrera, cuando volvieron á Púcuaro, lo que les permitió consagrar el resto del dia á los preparativos del viaje. Andrés y Berrendo, tenian por casualidad bien provistos sus bolsillos, y sin comunicarse sus proyectos, los dos se encontraron al dia siguiente delante de la casa de la vieja con dos caballos ensillados, que habian comprado, uno para la madre y otro para la hija. Era una galantería, de que la vieja no pareció quejarse. En cuanto á la segunda, á despecho de sus esfuerzos para conformarse á las lecciones de su madre, conservó una actitud altiva y desdeñosa; sus encendidas mejillas, y sus ojos en que se pintaba el amor y la languidez, no dejaban adivinar en ella sino muy poca aptitud para el papel que se le imponia. Al ver los cuatro caballos que los dos galanes habian conducido, la madre de Luz le dirigió una mirada de triunfo; pero la pobre niña avergonzada al comprender su significado, no contestó mas, que cubriéndose el rostro con el rebozo para ocultar el rubor de su frente, como la flor de la mimosa púdica, cierra sus pé-

talos á un áspero contacto. El rastreador examinaba aquella muda escena, sin parecer observarla; pero aun cuando no hubiese sorprendido los sentimientos secretos de la madre y la hija, las disposiciones de Luz no se habrian escapado á la penetracion de sus miradas.

De los cuatro caballos disponibles, se eligieron dos para que sirviesen cuando se causaran los primeros durante el camino, y las mugeres montaron en ellos con auxilio de los galanes. Dirijiéndose en seguida la vieja á los dos, les dijo:

—Caballeros, vdes. son responsables ahora de la vida y del honor de dos mugeres.

—Ojalá y el primer precipicio te trague, condenada bruja; dijo Berrendo en voz baja, retorciéndose los bigotes.

Y la comitiva se puso en marcha para Tehuacan.

III.

EL SEGADOR NOCTÚRNO.

Tehuacan está situado en el Estado de Oaxaca, Púcuaro en el de Valladolid, y no era entonces la empresa fácil, atravesar acompañado de mugeres ó con un cargamento de mercancías, la distancia de mas de doscientas leguas, que separa ambas poblaciones. Era un viaje largo y peligroso. Además del riesgo que corría todo jinete armado, de que tratasen los españoles como insurgente, es decir, que lo ahorcasen, sin mas forma de proceso del primer árbol que se encontrase en el camino, los viajeros pacíficos, los arrieros y los comerciantes, se hallaban sometidos á mil tribulaciones. La provincia de Oaxaca, sobre todo, á causa de su comercio con Puebla y con otras poblaciones, sufría mas en aquella época que cualquiera otra provincia. La conduccion de los convoyes, servía de pretexto á los comandantes españoles para cometer toda clase de abusos, odiosísimos. Cada pueblo, cada